



## Autorretrato

Las ciudades tienen la coquetería de las personas. No en vano son los ciudadanos quienes las hacen y las deshacen con las piedras según la desazón de cada momento, quienes pisan y dan vida tanto a las grandes avenidas como a las pequeñas callejuelas.

Las ciudades también trabajan su perfil. También buscan la forma de «posar», de acuerdo con los caprichos de quienes las habitan, los gustos de quienes las regentan. Hacer la pequeña historia de cómo una ciudad se ha pintado a sí misma es una arqueología del autorretrato. Por tanto, un inventario de la sospecha: ¿qué escondíamos mostrando un perfil determinado? A veces parece hecha a medida del dicho: Dime de qué presumes y te diré de qué careces. A menudo el perfil buscado es el que menos se ajusta a la realidad de lo que somos. De hecho, todo autorretrato es un ejercicio de acicalamiento.

Podríamos hacer cierta apología del autorretrato. 1. El autorretrato puede mostrar lo que más apreciamos de nosotros mismos y recibir la aceptación general de quienes nos observan. ¡Qué ciudad más maravillosa! 2. Puede parecernos, a nosotros, que el autorretrato ofrece el mejor perfil posible y no encontrar correspondencia con el gusto de quien lo observa. ¡Qué ciudad más rara, qué gente más obsesiva! 3. El autorretrato puede ser fruto de un gesto de autenticidad en el ejercicio de pintarse a sí mismo. Y mostrarnos tal como somos. Con la incomodidad que genera en el observador porque ver a alguien tal como es provoca la inquietud de poder mostrarse así él mismo. ¡Qué ciudad más atrevida, arrogante y pretenciosa! 4. El autorretrato puede ser un ejercicio de astucia en el que mostramos cuidadosamente lo mejor de nosotros debidamente compensado con algunas briznas de fealdad para conseguir ser algo más creíbles. ¡Qué ciudad más humana!

¿Cuál de estas opciones ha escogido Barcelona? Probablemente, algo de todas ellas, según los tiempos y los momentos. No en vano la historia del retrato, del autorretrato de Barcelona, es un inventario completo del género. Pero si durante mucho tiempo, desde la época medieval hasta mediados del siglo XIX, todos los secretos están cerrados intramuros, de forma que el perfil es un rostro que insinúa pero no concreta nada, la ciudad burguesa, demasiado complaciente con sus progresos, demasiado desconfiada por el pulso de la historia, casi se olvida de mostrar la flor y nata de lo que ha surgido de ella: el Eixample. Al igual que la ciudad olímpica, siente tantos deseos de mostrar sus mejores galas y galanterías que resulta inevitablemente artificiosa.

Nadie se conoce mejor que uno mismo. Pero nadie siente menos ganas de profundizar en ese conocimiento y sólo algún exhibicionista es lo bastante insensato para divulgarlo. Por eso el lenguaje del autorretrato es un lenguaje de indicios. Que habla del estado de ánimo de la ciudad en cada momento, porque sólo la euforia desmesurada o el derrotismo absoluto abren las puertas al exhibicionismo dionisiaco. Y frecuentemente halla en un ejercicio de acomodación de la realidad a la regularidad apolínea la mejor forma de intentar engañar, seducir a los demás.

El autorretrato de la ciudad es la serie de trucos que ésta ha ido generando para ganarse complicidades y presentar requerimiento de *gran pubilla*. En ocasiones se ha buscado la complicidad del retratista foráneo. Otras todo ha quedado en casa. Pero por el camino se van dejando muchos indicios, muchas indicaciones sobre lo que es la ciudad y lo que habría querido ser, sobre lo que realmente se ha conseguido y lo que se habría querido aparentar. Un autorretrato tampoco es nunca inocente. Este



Prólogos de Josep Ramoneda en los catálogos del CCCB

repaso por Barcelona, la forma en que Barcelona se ha querido mostrar en cada época, que no es lo mismo que la forma en que ha sido vista, es un buen ejemplo de los secretos que esconden los signos del autorretrato.